

La guitarra azul

ALFAGUARA



John Banville

La guitarra azul

Traducción del inglés de Nuria Barrios

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas. Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Papel certificado por el Forest Stewardship Council*



Título original: *The Blue Guitar*
Primera edición en castellano: enero de 2016

© John Banville, 2015
© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2016, Nuria Barrios, por la traducción

Los editores agradecen la ayuda económica del
Ireland Literature Exchange (fondos para la traducción), Dublín, Irlanda
www.irelandliterature.com
info@irelandliterature.com

© Diseño: Proyecto de Enric Satué
© Imagen de cubierta: David et Myrtille

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-204-1364-8
Depósito legal: B-21639-2015

Impreso en Unigraf, S. L., Móstoles (Madrid)

A L 1 3 6 4 8

Las cosas como son
cambian en la guitarra azul.

WALLACE STEVENS

I

Llamadme Autólico. Bueno, no, mejor no. Aunque, al igual que ese triste payaso, sea un recolector de bagatelas. Que es una manera elegante de decir que robo. Siempre lo he hecho, hasta donde alcanza mi memoria. Puedo asegurar con justicia que fui un niño prodigio en el bello arte del hurto. Es mi vergonzoso secreto, uno más de mis vergonzosos secretos, de los que no me siento, sin embargo, tan avergonzado como debería. No robo por lucro. Los objetos, las cosas de las que me apropio —ese es un bonito verbo, formal y remilgado— son por lo general de escaso valor. A menudo sus dueños ni siquiera los echan en falta. Eso me molesta, me suscita dudas. No pretendo decir que desearía ser descubierto, pero sí que la pérdida fuera notoria; es importante que sea así. Importante para mí, quiero decir, y para la magnitud y legitimidad de... ¿cómo decirlo? De la proeza. El esfuerzo. El acto. Os pregunto: ¿qué sentido tiene robar si nadie percibe que algo ha sido robado?

En otro tiempo pintaba. Esa era mi otra pasión, mi otra inclinación. En otro tiempo fui artista.

¡Ja! La palabra que he escrito primero no ha sido *artista*, sino *carterista*. Un lapsus. Un desliz. Acertado en cualquier caso. Fui artista y ahora soy ladrón. Ja.

Debería detenerme antes de que sea demasiado tarde. Pero ya es demasiado tarde.

Orme. Ese es mi nombre. A algunos de vosotros, amantes del arte, enemigos del arte, tal vez os suene de tiempos pasados. Oliver Orme. Oliver Otway Orme, para

ser precisos. OOO. Un disparate. Podrían colgarlo sobre la puerta de una casa de empeños*. Otway, por cierto, en honor a la calle anodina donde mis padres iniciaron su vida como pareja cuando eran jóvenes y donde muy probablemente me concibieron. Orme es un buen nombre para un pintor, ¿no es cierto? Un nombre de artista. Quedaba bien en la esquina inferior derecha del lienzo, discretamente diminuto pero sin que fuese posible no advertirlo: la *O*, el ojo de un búho; la *r*, con un aire *art nouveau* y más similar a la *tau* griega; la *m*, unos hombros contorneándose con alegre regocijo; la *e* como... Buf, no sé como qué. O sí, sí lo sé: como el asa de un orinal. Ahí me tenéis. Orme, el magistral pintor que ya no pinta nada.

Lo que quiero contar es

Hoy hay tormenta, los elementos andan enfurecidos. Violentas ráfagas de aire golpean la casa, hacen estremecer sus antiguas vigas. ¿Por qué razón ese tiempo me recuerda siempre mi infancia? ¿Por qué me hace sentir como si hubiese regresado al pasado, el pelo rapado, los pantalones cortos, un calcetín caído? Se supone que la infancia es una época dorada, pero la mía parece haber sido un largo otoño con el temporal zarandeando las grandes hayas que se levantan en la parte trasera de esta vieja casa del guarda, igual que sucede ahora mismo, los grajos sobrevolando las hayas en azarosos círculos, como fragmentos carbonizados de una hoguera, y el último y cálido destello del ocaso en el horizonte. Es más, estoy harto del pasado, de desear estar allí y no aquí. Cuando me encontraba allí, no veía el momento de escapar de mis grilletes. Estoy cerca de los cincuenta y me siento como si tuviera cien, cargado de años.

* El símbolo de las casas de empeños en numerosos países son tres esferas colgadas de una barra curva. (*N. de la T.*)

Lo que quiero contar es lo siguiente: he tomado una decisión, estoy resuelto a capear el temporal. El interior. No me encuentro bien, está claro. Me siento como un despertador al que un durmiente enfurecido, alguien enfurecido porque le han sacado de su sueño, hubiese propinado tal golpe que todos los resortes y ruedecillas se hubieran soltado. Estoy totalmente desvencijado. Debería ir a Marcus Pettit para que me reparara. Ja, ja, ja.

Ya se habrán dado cuenta de mi ausencia al otro lado del estuario. Se estarán preguntando dónde he ido a parar —eso mismo me pregunto yo—, sin imaginar lo cerca que me encuentro. Polly se hallará en un estado deplorable, sin nadie con quien poder hablar y en quien confiar, sin nadie a quien acudir en busca de consuelo excepto Marcus, cuyo consuelo es dudoso que pida, dada la situación. Ya la echo de menos. ¿Por qué me fui? Porque no podía quedarme. La imagino en su diminuto salón sobre el taller de Marcus, acurrucada frente a la chimenea en la turbia luz de esta tarde de finales de septiembre, las rodillas brillantes por las llamas y las espinillas moteadas de figuras romboidales. Estará mordisqueándose inquieta la comisura de la boca con esos pequeños y afilados dientes que siempre me recuerdan trocitos de brillante azúcar en el pudín de Navidad. Ella es, fue, mi adorado pudín. Y me planteo una vez más: ¿por qué me marché? Menuda pregunta. Sé por qué me fui, sé muy bien por qué y debería abandonar esta farsa de que no lo sé.

Marcus estará en el taller, en su banco. También me lo imagino a él: con su chaleco de cuero, concentrado y respirando apenas, la lente de joyero encajada en la cuenca del ojo, manejando sus diminutos instrumentos, que en mi fantasía se convierten en un escalpelo y un fórceps de acero, diseccionando un Patek Philippe. Aunque es más joven que yo —tengo la impresión de que todo el mundo es más joven que yo—, su pelo ha empezado a clarear y a encanecer

y, veis, ahora le cae en livianos mechones a ambos lados del estrecho y virtuoso rostro inclinado, agitándose con cada espiración suya, agitándose leve, muy levemente. Hay algo en él que recuerda al Durero del andrógino autorretrato de tres cuartos con los tirabuzones leonados, la boca como un capullo de rosa y esa desconcertante mirada seductora. En el futuro, tal vez recuerde a uno de los Cristos dolientes de Grünewald.

—El trabajo, Olly —me dijo con tristeza—, el trabajo es lo único que me distrae de mi agonía.

Esa es la palabra que utilizó: agonía. Me sonó extraño incluso en aquellas terribles circunstancias, más una pose que una palabra. Pero el dolor atrae la elocuencia... Miradme a mí, escuchadme a mí.

La niña también está allí, en alguna parte, la Pequeña Pip, como la llaman siempre, nunca Pip a secas, siempre la Pequeña Pip. Es verdad que es bastante diminuta, pero ¿y si se convierte en una amazona cuando crezca? La Pequeña Pip, la Dulce Giganta. No debería burlarme, lo sé, es el cosquilleo de los celos, los celos y una triste amargura. Gloria y yo tuvimos un bebé, aunque por muy poco tiempo.

¡Gloria! Hasta este momento se me había ido su nombre de la cabeza. También ella estará preguntándose dónde diablos me encuentro. Dónde diablos.

Maldita sea, por qué todo tiene que ser tan difícil.

Voy a recordar la noche en que me enamoré finalmente de Polly; finalmente y por primera vez, quiero decir. Lo que sea para evitar pensar, aunque pensar en el amor es lo que debería evitar, teniendo en cuenta el embrollo en que el amor me ha metido. Sucedió en la cena anual de la Asociación de Relojeros, Cerrajeros y Orfebres. Gloria y yo habíamos ido como invitados de Marcus. Gloria

muy a su pesar, debo aclarar, porque ella es tan reacia como yo al aburrimiento y a lo tedioso en general. Estábamos sentados con Marcus y Polly en su mesa, junto a otras personas a las que no prestamos ninguna atención. En el menú, bistec, carne asada de cerdo y patatas, por supuesto, cocidas, en puré, asadas y fritas; sin olvidar los consabidos beicon y repollo. Tal vez fuese el leve hedor a carne chamuscada lo que me perturbó; eso y el humo de las velas en las mesas y los estruendosos borborismos del trío que tocaba. A mi espalda, en el gran vestíbulo, había un clamor de voces, un fragor retumbante y poderoso del que escapaba de vez en cuando la aguda risa achispada de alguna mujer. Yo había estado bebiendo, pero no creo que estuviese borracho. En cualquier caso, mientras charlaba con Polly y la miraba —más bien la devoraba con los ojos—, experimenté una repentina iluminación, esa súbita epifanía que acontece tan a menudo en cierto instante del proceso de embriaguez. No fue que de pronto ella me pareciese hermosa, no exactamente; Polly irradiaba algo que yo no había percibido antes, algo que era suyo y de nadie más: su rotunda esencia, el verdadero ser de su ser. Sé que esto suena fantasioso y es probable que lo que creí ver fuese tan solo un efecto de los vapores del mal vino, pero estoy intentando capturar la esencia del momento, aislar la chispa que iba a prender tamaño incendio de éxtasis y dolor, de malicia, daño y, sí, angustia marcusiana.

Además, ¿quién tiene autoridad para decir que lo que vemos cuando estamos borrachos no es la realidad y que el mundo sobrio no es sino una borrosa fantasmagoría?

Polly no es una gran belleza. Espero no pecar de poco caballeroso al decir esto; es preferible ser honesto desde el principio, pues mi intención es continuar así en la medida en que sea capaz de ser honesto. Por supuesto que la encontraba, que la encuentro, adorable. Es voluminosa, con una potente retaguardia —imaginad la curvada y agra-

dable parte inferior de un chelo de niño—, un limpio rostro en forma de corazón y el cabello castaño y algo rebelde. Sus ojos son verdaderamente hermosos. De un gris pálido, parecen casi transparentes y bajo cierta luz cobran un brillo de madreperla. Tiene un leve estrabismo que encuentra un eco encantador en la ligera superposición de sus dos perlados dientes delanteros. Su porte es plácido, pero su mirada puede ser sorprendentemente incisiva y a veces su tono resulta punzante, bastante punzante. Aun así, en general mantiene una actitud precavida hacia un mundo en el que no llega a sentirse cómoda. Tiene una conciencia permanente de su falta de refinamiento —al fin y al cabo es una chica de campo, aunque su familia sea gente acomodada venida a menos— en comparación, por ejemplo, con mi desenvuelta Gloria, y se siente poco segura en cuestiones de etiqueta y de modales. Aquella noche en los Relojeros, como se conoce coloquialmente el evento, resultaba conmovedor ver cómo, cada vez que traían un nuevo plato, se apresuraba a mirar alrededor para comprobar qué pieza de la cubertería elegíamos los demás antes de atreverse a coger el cuchillo o el tenedor o la cuchara. Tal vez el amor nace ahí, no en un repentino arrebatado de pasión, sino en el reconocimiento y la sencilla aceptación de, de..., de algo que no sé qué es.

Los Relojeros es una celebración tediosa y yo me sentía un imbécil por haber ido. Había dado la espalda a la alegre multitud y, acodado en la mesa, me inclinaba hacia delante con tanto entusiasmo que mi rostro ardoroso y palpitante casi se encontraba en el pecho de Polly, o lo habría estado si ella no se hubiese girado en la silla; por eso ahora me contemplaba de lado sobre su encantador y mullido hombro derecho. ¿De qué le hablaba yo con semejante pasión y vehemencia? No lo recuerdo, tampoco importa; lo que importaba era el tono, no el contenido. Era consciente de cómo nos observaba Gloria, con expresión divertida y escép-

tica. A menudo pienso que Gloria se casó conmigo para tener siempre ocasión de reír. No quiero parecer resentido, en absoluto. Su risa no es cruel, ni siquiera hiriente. Ella me encuentra divertido no por lo que digo o hago, sino por lo que soy: su hombrecito rechoncho, pelirrojo y, aunque ella no lo sepa, de manos ligeras.

Polly llevaba casada tres o cuatro años en aquel momento, el momento de la noche de los Relojeros en que me enamoré de ella, y distaba de ser una muchachita ingenua vulnerable a mis lisonjas y requiebros. No obstante, era obvio que mis palabras le estaban causando cierto efecto. Mientras me escuchaba había adoptado la leve expresión curiosa y asombrada, que acentuaba su mirada estrábica, de una mujer casada que siente un tímido placer al darse cuenta, con incredulidad, de que un hombre al que conoce desde hace años y que no es su marido le está declarando, aunque sea mediante circunloquios y de la manera más altisonante posible, que se ha enamorado de repente de ella.

Marcus se encontraba entre los bailarines, gritando y dando brincos. A pesar de su incurable y retraído temperamento melancólico, ama las fiestas y se incorpora a ellas con el primer estallido de un corcho o el primer toque de corneta. Aquella noche había invitado al menos tres veces a Gloria a levantarse y unirse a sus cabriolas y, para mi gran sorpresa, ella había aceptado en cada ocasión. Durante los primeros tiempos con Polly intenté, como el zorro taimado que soy, que me hablara de Marcus, que me contara lo que él decía y hacía en su vida privada, pero ella es una persona leal y al momento me advirtió con impresionante firmeza que las peculiaridades de su esposo, en caso de que tuviera alguna y no era ella quien afirmaba tal cosa, eran un tema prohibido.

Para empezar, ¿cómo nos conocimos los cuatro? Debieron de ser Gloria y Polly quienes entablaron amistad

o, mejor dicho, quienes comenzaron a tratarse, aunque tengo la impresión de conocer a Marcus de toda la vida, o al menos de la suya, ya que soy mayor que él. Me vienen a la memoria un primer pícnic en un parque ornamental de no sé dónde —pan, queso, vino y lluvia— y Polly, liviana, con un vestido de verano blanco y las piernas desnudas. Es inevitable que recuerde la escena bajo la luz de *Le Déjeuner sur l'herbe* del viejo Manet —el primero, el más pequeño—, con la rubia Gloria en cueros y Polly, al fondo de la escena, lavándose los pies. Aquel día Polly, con su tez clara y las mejillas sonrosadas, casi parecía una niña y no la mujer casada que era. Marcus llevaba un sombrero de paja agujereado, y a Gloria le bastaba ser ella misma, una belleza luminosa irradiando su esplendor. Por Dios que mi mujer estaba verdaderamente espectacular aquel día. Como siempre, en realidad. A los treinta y cinco años se encuentra en el apogeo de su madurez. Pienso en ella en términos de metales: oro, desde luego, por su cabello, y plata por su piel, pero hay algo en ella asimismo de la opulencia del latón y del bronce; posee una maravillosa tersura, un majestuoso fulgor. De hecho, es más un Tiepolo que un Manet: una de las Cleopatras del maestro veneciano, por ejemplo, o su Beatriz de Borgoña. En comparación con mi luminosa Gloria, Polly sería como mucho una de esas pequeñas velas votivas de la iglesia por las que la gente pagaba un penique y luego dejaba encendidas frente a la estatua de su santo favorito. ¿Por qué entonces yo...? Ah, ese es el quid de la cuestión, uno de los quids, a los que he reducido todo.

Los Relojeros acabó de la misteriosa forma abrupta en que terminan tales acontecimientos. Casi todas las personas de nuestra mesa ya se habían puesto en pie y hacían aturridos esfuerzos para prepararse y marchar cuando Polly pareció saltar de su asiento pensando en la Pequeña Pip, imagino —al parecer, el padre de Polly y su alélada

madre estaban cuidando a la niña—, pero se detuvo un instante e hizo un curioso, pequeño y tembloroso balanceo con una inesperada sonrisa, las cejas arqueadas, las manos separadas de los costados y las palmas giradas hacia arriba, como un crío intentando hacer una reverencia. Tal vez solo fuera el efecto de su trasero separándose del asiento —hacía un intenso calor húmedo en la sala—, pero a mí me pareció que había sidoalzada súbita y suavemente por la acción de un objeto invisible y flotante, me pareció que durante un segundo se había elevado a las alturas, literalmente. Aunque era poco probable que tuviese relación con la ferviente soflama a que la había sometido en ausencia de su esposo, me sentí conmovido, casi al borde de las lágrimas, al pensar que de alguna manera me había sido dado compartir con ella esa breve y secreta elevación. Polly cogió su cartera de terciopelo con aquella vaga y asombrada sonrisa flotando aún en su rostro —¿se había sonrojado levemente?— e hizo la pantomima de buscar a Marcus, que estaba recogiendo los abrigos. Entonces también yo me puse en pie, con el corazón batiendo y mis pobres rodillas temblando como flanes.

¡Enamorado! ¡De nuevo!

Cuando salimos, la noche parecía inusitadamente inmensa bajo un firmamento colmado de rutilantes estrellas. Tras el estruendo de la sala, el silencio resonaba inquietante en el aire glacial. Marcus no consiguió arrancar el coche porque, como era un tacaño, había llenado el depósito con una gasolina de peor calidad y la sal había atascado los tubos. Mientras suspiraba y maldecía en voz baja bajo el capó, Polly y yo permanecimos de pie en la acera, uno junto al otro, pero sin rozarnos. Gloria se había alejado unos pasos para fumar un cigarrillo furtivo. Envuelta estrechamente en su abrigo, con la barbilla hundida en el cuello de piel, Polly me miró. No movió la cabeza, sino que giró los ojos cómicamente hacia un lado con las comisuras de la boca

hacia abajo, como un desventurado payaso. No dijimos nada. Pensé en sujetarla y atraerla hacia mí aprovechando que Gloria no nos miraba y darle un rápido beso, aunque fuese en la mejilla o incluso en la frente, como haría un viejo amigo en un momento semejante, pero no me atreví. Lo que deseaba era besar su boca, lamer sus párpados, introducir la punta de la lengua en las secretas volutas rosadas de su oreja. Me encontraba en un estado de excitado asombro, por mí, por Polly, por quienes éramos, por aquellos en quienes nos habíamos convertido. Era como si un dios hubiese descendido del cielo estrellado, nos hubiera tomado en su mano y hubiese dibujado con nosotros en aquel instante una pequeña constelación.

Siempre he pensado que uno de los aspectos más deplorables de la muerte, aparte del terror, el sufrimiento y las heces, es el hecho de que cuando yo no esté, nadie contemplará el mundo desde mi perspectiva. No me malinterpretéis, no me hago falsas ilusiones sobre mi importancia en el intrincado esquema de las cosas. Vendrán otros con otras visiones del mundo, incontables billones, una mezcla de mundos, cada visión inseparable de cada individuo, pero la que yo habré creado, por el mero hecho de mi breve paso por él, se perderá para siempre. Ese pensamiento me angustia, más incluso que la idea de la desaparición de mi ser. Imaginadme esa noche bajo aquel puñado de brillantes desperdigados sobre su manto de felpa morada, asaeteado por el amor desde no se sabe dónde y mirando embobado a mi alrededor con la boca abierta, observando cómo la luz de las estrellas proyectaba diagonalmente las nítidas sombras de las casas, cómo el techo del coche de Marcus relucía como si lo cubriera una fina capa de aceite, cómo la piel de zorro del cuello del abrigo de Polly se erizaba en encendidas púas, cómo la gravilla helada hacía centellear la calzada en la oscuridad y cómo los contornos de lo que nos rodeaba resplandecían

con luz trémula... Todo eso, el mundo corriente y moliente, transformado en algo singular por el mero hecho de que yo lo contemplo: Polly sonriendo, Marcus enojado, Gloria con su pitillo, el grupo de personas a mi espalda que salían de los Relojeros en una bocanada de hilaridad borracha, con sus respiraciones dibujando globos de ectoplasma en el aire... Todos veían lo que yo veía, pero no igual que yo, con mis ojos, desde mi particular perspectiva, a mi manera, que es tan endeble e insignificante como la de los demás, pero que es, no obstante, la mía. Mía y, por tanto, única.

Marcus puso fin a lo que hubiera estado haciendo al motor del coche, se enderezó y cerró el capó con un golpe tal que la noche pareció encogerse asustada. Gruñendo acerca de los carburadores, se limpió las manos en sus largos y estrechos costados, se colocó al volante, giró con enojo la llave de contacto y, entre resoplidos y jadeos, el coche volvió a la vida. Marcus permaneció sentado con la puerta abierta y un pie sobre la acera, acelerando el motor y escuchando los lamentos revolucionados de la pobre bestia. Me gusta Marcus, de verdad. Es un buen tipo. Creo que tiene una idea de sí mismo muy similar a la que Gloria tiene de mí: un tipo decente en general, aunque un infeliz en el fondo, propenso a que se aprovechen de él y más o menos risible. Mientras estaba allí sentado, atento a los ruidos que hacía el motor, movía la cabeza con ademán compungido y una sonrisa envarada, como si aquella avería fuese una más en la lista de pequeñas y tristes calamidades que le llevaban persiguiendo toda la vida y que él parecía incapaz de evitar. Ay, Marcus, viejo amigo, lamento todo lo sucedido, de verdad. Es extraño cuán difícil resulta decir lo siento y sonar convincente. Debería haber una manera única y especial de formular las disculpas. Quizá haga algo al respecto, un manual de consejos útiles o tal vez un libro de estilo: *Alfabeto de disculpas. Un muestrario de perdones.*